

PRÍNCIPES MÁS ALLÁ DE LOS REINOS.  
ARISTOCRACIAS, COMUNICACIÓN E INTERCAMBIO  
CULTURAL EN LA EUROPA DE LOS SIGLOS XVI Y XVII

BARTOLOMÉ YUN CASALILLA  
European University Institute, Florencia

La imagen que tenemos sobre las noblezas europeas del Antiguo Régimen ha cambiado de forma radical durante los últimos años. Hoy muchos historiadores consideran a éste como un grupo social mucho más abierto y versátil desde el punto de vista cultural, político y económico de lo que imaginábamos hace unos años. El resultado de todo ello es además una visión mucho más positiva respecto de nuestra jerarquía de valores.

A ninguno se nos oculta que detrás de esto, al menos en España y no sólo en España, está una cierta tendencia a las conmemoraciones de reyes y monarcas, que han buscado precisamente el lado más dulce no sólo de éstos sino, de paso, de todo lo que tenían a su alrededor, de los nobles que les acompañaban en el patronazgo, de los altos dignatarios y coleccionistas, de los Grandes y Títulos que protegían a literatos y asistían a las academias. No es políticamente incorrecto decir que el resultado ha sido una cierta aproximación acrítica al fenómeno de las noblezas y en particular de las aristocracias europeas contra el que –creo– debemos estar prevenidos.

Pero no es menos cierto que este movimiento tiene raíces mucho más profundas y lejanas. El estudio de las Cortes europeas en particular y, muy probablemente, la influencia que en Europa Occidental ha tenido la traducción de los estudios de Norbert Elías ha constituido una de las claves de ese cambio; en particular cuando éste considera a la alta nobleza como uno de los responsables del proceso civilizador que habría caracterizado a Europa desde el siglo XVII en adelante. Ahora, cuando se habla de la aristocracia se piensa en términos de mecenazgo, de patronazgo que afecta a las artes, al desarrollo de la ciencia e incluso, a veces, por ese conducto al progreso<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> La referencia a N. Elías es prácticamente innecesaria. En todo caso, también es obligatoria para el lector no historiador. Me refiero a *La sociedad cortesana*, Méjico, Fondo de Cultura Económica, 1982. Asimismo, *El proceso de la civilización*, Méjico, Fondo de Cultura Económica, 1987.

Es ahí donde imagino deberíamos situar a Lastanosa. El Lastanosa mecenas de Gracián, coleccionista de libros (y parece que generoso en prestarlos) así como de pinturas, esculturas, monedas, camafeos, mapas, instrumentos científicos y tantas otras cosas que revelan curiosidad y gusto por el saber. El Lastanosa mecenas de alquimistas y científicos y organizador de tertulias.

#### ARISTOCRACIA Y COMUNICACIÓN EN LA LARGA DISTANCIA

Con esa perspectiva de la alta nobleza sabemos hoy muchas cosas que antes ignorábamos. En un libro de divulgación pero de cierto éxito editorial por su decidida voluntad renovadora –no precisamente por su originalidad para los especialistas– el historiador norteamericano J. Dewald ha llamado la atención sobre la versatilidad de la aristocracia como clase, sobre su carácter dinámico como grupo, sobre su apertura intelectual derivada de esos hechos. Y no es extraño que se haya insistido, entre otros por F. Bouza, en la centralidad de los nobles en las formas de comunicación de la época, en su capacidad de hacer suyos los canales de difusión y propaganda del momento<sup>2</sup>. Un noble del siglo XVII –se admite hoy– era un personaje que se valía de todo tipo de formas de acrecentar su poder simbólico, o, lo que es lo mismo, de utilizar dicho poder para intervenir de forma decidida en la comunicación social. Una intervención que se realizaba a través de la palabra y de la oralidad, tan elogiada desde el Renacimiento como clave de la retórica, y a través de la imagen, del uso de los símbolos de distinción en su forma más plástica y visual. Un noble que se preciara y que quisiera mantener su status en un mundo mucho más inestable de lo que se nos ha dicho durante mucho tiempo, estaba en primera línea de la comunicación y la transmisión de la cultura, de los valores, de los conocimientos y de la ciencia de la época<sup>3</sup>. Hoy –es evidente– no podríamos entender el Renacimiento o la Ilustración sin ese componente, sin el componente del papel de las elites como trasmisoras o, mejor, como plenamente inmersas en la transmisión de los conocimientos de la época.

Sin embargo, hay una serie de cuestiones que, creo, no siempre se han explicitado tanto como se debería. Me parece asimismo que muy a menudo hemos estudiado el tema dando por supuestas varias asunciones que no son tan claras.

Por una parte, hemos considerado de forma automática el espacio de la comunicación como un espacio abstracto, uniforme cultural y políticamente y,

<sup>2</sup> J. Dewald, *The European Nobility, 1400-1800*, Cambridge, 1996. Existe traducción al castellano. F. Bouza, *Comunicación, conocimiento y memoria en la España de los siglos XVI y XVII*, Salamanca, 1999.

<sup>3</sup> F. Bouza, *Comunicación... Ibidem*, particularmente el capítulo «Oír, ver, leer/escribir. Usos y modalidades de la palabra, las imágenes y la escritura», pp. 15-40.

en consecuencia, sin distinguir la diversa naturaleza internacional, local o regional de los circuitos por los que fluye la transmisión cultural en cada caso. Ello pese a que en los análisis específicos sobre la comunicación cultural salta a la vista que esto no era así. En segundo lugar, la transmisión en el ámbito internacional de conocimientos y valores, la circulación del arte y la literatura y sobre todo su aceleración a lo largo del siglo xvi y xvii, las hemos considerado como algo automático o simplemente ligado a fenómenos como la aparición de la imprenta, el desarrollo creciente de la compraventa de objetos de arte, o la mejora de las comunicaciones en abstracto. El Renacimiento, por centrarnos en lo que nos interesa, se nos ha presentado durante mucho tiempo como un producto de la creación intelectual y de la mejora de las comunicaciones y del mercado de productos culturales en el espacio público, como si ésta no estuviera embebida y condicionada por redes sociales determinadas<sup>4</sup>. Y, por último, muchas veces parece como si, cuando buscamos el papel de las elites y particularmente de la nobleza, nos limitáramos a hacer de esta una clase en proceso de modernización interesada de manera altruista y «moderna» en la difusión de la cultura e incluso de la ciencia. Ello, muy en consonancia con la corriente un tanto idealizadora de este grupo social a que nos hemos referido antes, merece ponerse en entredicho incluso hasta si encaja además con una crítica –a mi modo de ver justificada– a muchos de los estereotipos que la revolución burguesa nos ha legado sobre el papel histórico de las aristocracias europeas.

No quiero decir que estos constituyan errores de investigación. Por el contrario, se trata tan sólo de presupuestos abiertos por el propio progreso de nuestros conocimientos, que nos obligan a nuevas preguntas y respuestas. Sin embargo y por eso mismo, querría reflexionar aquí sobre las redes sociales y personales que servían de base a esas formas de circulación cultural, sobre las razones que históricamente las explican en los siglos xvi y xvii, sobre sus modos específicos, históricos, de funcionamiento y sobre lo que ellas nos dicen de la aristocracia y de la Europa de la época moderna. Y ello desde la perspectiva de la internacionalidad de tales redes, a menudo citada como escenario

---

<sup>4</sup> Basta un repaso a cualquiera de los trabajos clásicos sobre la Europa del Renacimiento para comprobar lo que decimos. El excelente estudio, un magnífico clásico en la materia ya, de J. Hale, *The Civilisation of Europe in the Renaissance*, Londres, Fontana Press, 1993, puede servirnos como botón de muestra. En su magnífico capítulo sobre «Transmission» (pp. 282-350), el autor llama la atención sobre el papel de las Universidades y la comunicación entre ellas, sobre los viajes de los intelectuales, sobre la consistencia interna de las redes de la República de las Letras, sobre el papel de la correspondencia entre sus miembros, sobre la circulación de obras de arte, sobre las diásporas de artistas italianos, sobre los mercaderes de productos culturales y un conjunto de factores, sin duda decisivos y que nos remiten a la producción cultural y artística pero que olvida por completo el contexto social de los demandantes y consumidores de esos productos. Y este es el caso de uno de los grandes especialistas en patronazgo y mecenazgo artístico de la segunda mitad del siglo xx que no desconoce en absoluto el papel de la nobleza y las elites aristocráticas en el mundo cultural de la época.

del intercambio cultural pero no como factor decisivo de éste. Creo además que este tipo de análisis nos conduce a una postura crítica sobre el papel de esta clase en la transmisión cultural que además nos permite desligar nuestros razonamientos del debate sobre la modernización, a mi modo de ver un planteamiento a menudo inconsciente pero erróneo sobre el que conviene estar prevenidos. Todo lo anterior, espero, servirá para poner el fenómeno del mecenazgo en su época con un sentido crítico.

POR ENCIMA DE LOS REINOS. LA DENSIFICACIÓN DE LOS CONTACTOS  
ENTRE LAS NOBLEZAS EUROPEAS

Me parece en ese sentido que para entender la difusión cultural y del mecenazgo de los siglos XVI y XVII merece la pena llamar la atención sobre un fenómeno general y ocurrido a gran escala, sobre el que sin embargo no se ha reflexionado hasta ahora. Me refiero a la intensificación creciente y en la larga distancia de los contactos en buena medida de tipo personal entre las aristocracias europeas. Un proceso que, hay que apresurarse a decir, no tuvo nada que ver con ninguna voluntad de modernidad e innovación (concepto que podía ser hasta negativo para las elites culturales y sociales de la época), aunque algunos de sus componentes a veces se nos presenten como tales, y que en cierta forma está fuera de cualquier tipo de intencionalidad cultural.

No es que las noblezas europeas no hubieran trabado densas relaciones de tipo personal entre sí con mucha anterioridad. Basta pensar en un fenómeno como el de las Cruzadas para detectar un grado de promiscuidad social muy alto. Desde fines del siglo XI en adelante éstas supusieron una intensificación creciente de los contactos entre miembros de noblezas regionales que viajaban, luchaban y socializaban juntos embebiéndose en prácticas comunes y transmitiéndose formas de sociabilidad y valores que terminarían generando un marco de referencia común. No es el único fenómeno, pero no es menos claro que es en torno a ellas y ese contacto mutuo en las campañas del Mediterráneo como se afianzan conceptos que incluso tendrían que ver con la propia definición de la cultura aristocrática y –lo que es más importante– su difusión por toda la cristiandad: la idea de la guerra y en particular de la guerra contra el infiel como obligación del noble, la concepción de ciertas reglas de la caballería que impregnarán y conformarán el mundo de los valores de todas las noblezas europeas, e incluso prácticas culturales como el gusto por la literatura cortés con todos sus estereotipos<sup>5</sup>. Y las Cruzadas en su sentido

<sup>5</sup> Sobre la «caballería» como parte de una «cultura laica de toda Europa en la Edad Media», se ha ocupado desde la perspectiva española, J. D. Rodríguez Velasco, *El debate sobre la Caballería en el siglo XV. La tratadística caballeresca castellana en su marco europeo*, Salamanca, 1996. La frase en p. 375.

más amplio no sólo consistieron en lo que habitualmente tenemos en mente. Como en los viajes de conquista a Tierra Santa, en los que nobles de toda la Cristiandad se mezclaban en pro de un ideal común, el espíritu de cristiandad estuvo detrás de la intervención y la presencia de nobles franceses en la Península Ibérica, muchas veces justificada como lucha contra el Islam.<sup>6</sup> Por la misma época y conectadas con el espíritu de cruzada, el surgimiento de órdenes militares de carácter internacional, como la de los Templarios o la de San Juan de Jerusalén, no haría sino alimentar dichos contactos y la transmisión de códigos de conducta en el seno de las distintas noblezas provinciales. Los viajes de peregrinación, a veces protagonizados por miembros de este grupo social, las noticias que los peregrinos portaban de unas áreas a otras, etc., jugaban en sentido similar.

Más allá del componente religioso, la fluidez y alto grado de permeabilidad social de las fronteras y su casi inexistencia en muchos de los sentidos que hoy damos al término –por ejemplo la existente entre Castilla y Portugal o entre Aragón y Castilla– facilitaba así mismo desplazamientos e incluso intercambios matrimoniales. Por citar un fenómeno cercano a nosotros y sin salirnos del Sur de Europa, baste simplemente mencionar que la presencia aragonesa en Italia y, particularmente en el Sur de Italia, dio lugar a la expansión de ramas de la nobleza de estos en aquellos territorios ya muy intensa desde el siglo xv. Hasta el siglo xvi fueron igualmente intensos la presencia de nobles castellanos y aragoneses en el reino de Portugal y los matrimonios entre ambos, como lo fue entre las casas salidas de ambos reinos. De ahí por ejemplo familias como los Pimentel, que llegarían a ser centrales en la vida política castellana, o como los Castro o los Stúñiga<sup>7</sup>. Y lo mismo habría que decir de la presencia de nobles franceses en la Península Ibérica o de los intensos lazos entre nobles escoceses e irlandeses, en parte alimentados por su común origen gaélico<sup>8</sup>. Por no hablar, lógicamente, de la nobleza navarra con enlaces y fuerte presencia a ambos lados de los Pirineos.

<sup>6</sup> Un magnífico ejemplo procedente del mundo ibérico y aunque ya del siglo xvi, se puede ver en el Viaje a Jerusalén de Don Fadrique Enríquez de Ribera, que el lector puede encontrar editado y comentado en P. García Martín y otros, *Paisajes de la Tierra Prometida. El Viaje a Jerusalén de Don Fadrique Enríquez de Ribera*, Madrid, 2001.

<sup>7</sup> Aunque las evidencias son muchas a poco que hagamos una incursión en la época medieval, me limito aquí a remitir a las breves consideraciones que he hecho en B. Yun y A. Redondo, «' Bem visto tinha...' Entre Lisboa y Capodimonte. La aristocracia castellana en perspectiva 'trans-nacional' (ss. xvi-xvii)» en B. Yun Casalilla (dir.) *Las redes del Imperio. Elites sociales en la articulación del imperio español, 1492-1714* (en prensa).

<sup>8</sup> Es muy claro –y no es el único– el caso de los marqueses de Antrim, para quienes esta situación llegaría a tener notable importancia en los siglos xvi y xvii, Véase J. Ohlmeyer, *Civil War and restoration in the Three Stuart Kingdoms. The Career of Randal MacDonnell, Marquis of Antrim*, Dublín, 2001, pp. 6-17.

Y no debiera extrañarnos. Por el contrario, debemos tener en cuenta que estamos en un período en el que todavía estaban por definir las fronteras en el sentido en que lo haría el estado nación. Era aquel un mundo en el que la territorialidad se percibía como el resultado de un mosaico de jurisdicciones principescas que se incrustaban y entremezclaban entre sí con independencia de los límites de los reinos, y en el que la relación de fidelidad de sus titulares, a menudo cambiante entre monarcas próximos, podía ser más importante que la proyección espacial de los reinos de éstos<sup>9</sup>.

En este escenario hubiera sido de esperar que el progresivo fortalecimiento de las monarquías mal llamadas a veces «nacionales» llevara a la creación de barreras políticas, sociales y culturales más intensas e incluso a compartimentar de forma muy rígida el espacio aristocrático. Pero no parece que esto fuera así; o al menos no lo fue en la medida en que a menudo lo damos por hecho cuando hablamos de la nobleza española, de la nobleza francesa o de la inglesa. Y ello por varias razones.

Por una parte, porque como es más que sabido ese proceso de formación de monarquías absolutas —particularmente intenso en la Europa Occidental— es más una excepción que la regla. No es el caso de prácticamente todo el territorio germánico del Sacro Imperio, ni lo es de las áreas de Centroeuropa y Europa del este. O al menos no lo fue con la misma intensidad.

Pero hay además una serie de factores —muy generales como he dicho anteriormente, pero no siempre considerados— que nos llevan a pensar que, al hilo de una cierta intensificación de los contactos familiares, culturales y políticos entre las noblezas de las distintas formaciones políticas, se trabarían nuevos lazos que ligarían entre sí a las aristocracias regionales por encima de las fronteras que se estaban progresivamente asentando.

Un hecho clave a tal respecto fue la formación del entramado dinástico de los Habsburgo, un fenómeno crucial a escala europea y cuyas implicaciones en este sentido nos llevarían demasiado lejos. Tomasso Campanella llamaría la atención sobre el hecho de que el rey de España mostraba un interés especial por establecer lazos lo más sólidos posible entre los distintos territorios de su dispersa monarquía compuesta mediante el fomento de los matrimonios y las relaciones personales entre las aristocracias de cada uno de ellos. Y la idea fue reto-

---

<sup>9</sup> Sobre el carácter cambiante de la naturaleza de las fronteras, un tema que se ha convertido en tema estrella en los últimos años, es inevitable la referencia a P. Shalins, *The making of France and Spain in the Pyrenees*, Berkeley, Los Ángeles, Oxford, 1989. A veces se olvida, sin embargo, que este libro tiene un excelente precedente que el mismo autor reconoce en los trabajos de L. Febvre, *Philippe II e la Franche-Comte : Étude d'histoire politique, religieuse et sociale*. París 1970 y «Frontière, The word and the concept» en P. Burke (ed.) *A New Kind of History: from the writing of Febvre*, Londres, 1973, pp. 208-18.

mada y hecha más explícita aún por el Conde Duque de Olivares<sup>10</sup>. Estudios posteriores han aportado pruebas de cómo Campanella no inventaba, pues el hecho está presente tanto en la política de Carlos V como en la de su hijo Felipe II y en los otros miembros de su familia<sup>11</sup>. El fenómeno es también evidente si lo miramos desde la óptica austriaca, como queda patente en muchos de los trabajos de F. Edelmayer. Y el estudio a este respecto de B. Lindorfer ha dejado claro que, si bien debemos matizar el hecho desde la perspectiva de los lazos matrimoniales y en cuanto a su cronología, la intensidad de esa relación y la importancia que tuvo en muchos momentos para la nobleza vienesa es difícil de exagerar<sup>12</sup>. En su primera fase además los contactos entre los nobles flamencos y borgoñones con los castellanos –no siempre muy amigables– se intensificaron e incluso dieron lugar a relatos que circularían por toda Europa y cuyos lectores, de nuevo, no eran sino miembros de este grupo social ávidos de noticias sobre sus congéneres lejanos.<sup>13</sup> El mismo fenómeno intensificaría asimismo las relaciones entre la nobleza portuguesa y la castellana<sup>14</sup>.

Sin embargo, este proceso de internacionalización de las aristocracias europeas no es exclusivo del conglomerado Habsburgo. Los lazos de los Valois y las grandes familias italianas terminaron creando redes de relación de muy diverso tipo entre familias galas e italianas. Además, el hecho de que en el caso italiano se tratara de pequeños estados cuya supervivencia dependía a menudo de un equilibrio delicado al que se llegaba alcanzado mediante estrategias matrimoniales con los poderes y cortes de su entorno, particularmente Madrid, París y Viena y la antigüedad de su nobleza en un mundo en que esta tenía un extraordinario valor, ayudarían también a una más que notable internacionalización de las familias dirigentes en estados como el Gran Ducado de Toscana, los Ducados de Mantua y Ferrara, y otros.<sup>15</sup> Matrimonios como el de Bona Sforza

<sup>10</sup> J. Elliott, «A Europe of composite monarchies», en *Past and Present* 137 (1992).

<sup>11</sup> Remitimos de nuevo a nuestro «Bin tinha...» *Op. cit.*; asimismo A. Álvarez Osorio, «Naciones mixtas. Los jenízaros en el gobierno de Italia» en A. Álvarez Osorio y B. García García (eds.), *La Monarquía de las naciones. Patria, nación y naturaleza en la Monarquía de España*, Madrid, 2004, pp. 597-653. Un estudio pionero sobre la proyección de la nobleza castellana en suelo italiano se puede ver en A. Spagnoletti, *Principi italiani e Spagna nell'età barocca*, Milán, 1996.

<sup>12</sup> Véase, «Redes familiares de la aristocracia austriaca y trasferencias culturales de Madrid a Viena, 1550-1700», en B. Yun Casalilla (dir.), *Las redes del Imperio. Op. cit.*

<sup>13</sup> Probablemente algunos de los más expresivos fueran los viajes de A. de Lalaing y de Lorenzo Vital, ambos con descripciones muy vívidas de las áreas visitadas y en particular de las casas nobles, las ceremonias cortesanas, los dominios y las rentas señoriales y otras noticias de especial interés para un público lector que se nutría sobre todo entre los miembros de su propia clase. Véase estos textos e J. García Mercadal, *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, Salamanca, 1999, Vol. I. pp. 398-746.

<sup>14</sup> B. Yun y A. Redondo, «Bem visto tinha...» *Op. cit.*

<sup>15</sup> H. Chauvineau, «La court des Médicis (1543-1737) », en J. Bouttier, S. Landi y O. Rouchon, (dirs.), *Florence et la Toscane. XIV<sup>e</sup>-XIX<sup>e</sup> siècles. Les dynamiques d'un État italien*, Rennes, 2004, pp. 290-1.

con Segismundo I Jaguellón, fueron la clave de una mayor intensidad en esas relaciones de las familias italianas con el centro y norte de Europa y constituirían la base de la expansión del Humanismo y del arte renacentista en Polonia-Lituania<sup>16</sup>. Y lo mismo cabe pensar de las uniones entre magnates polacos y lituanos después de la unión entre ambas coronas o sobre los vínculos crecientes entre los primeros y las familias más notorias de la nobleza ucraniana, donde, merced además a la intermediación de los jesuitas, se ha podido hablar de una «polonización de la nobleza ucraniana».<sup>17</sup> Ya en la segunda mitad del siglo XVII, el Electorado de Brandemburgo constituiría un excelente ejemplo de movilidad horizontal de la nobleza, como manifiesta sobre todo la atracción que la Corte de dicho estado ejercería sobre familias a menudo lejanas, en las áreas del Rhin y otras noblezas del imperio (principalmente calvinistas) y en Pomerania<sup>18</sup>.

Manifestación y motivo de esa intensificación de la movilidad y las relaciones al más alto nivel de los príncipes de la Cristiandad es el desarrollo de la Orden del Toison de Oro. Creada, como es bien sabido, por Felipe el Bueno de Borgoña en 1430, su propio funcionamiento es una prueba de ello. Todos sus miembros, no muchos, estaban obligados a reunirse cada tres años. Todos estaban obligados a unas relaciones de reciprocidad y solidaridad e incluso a códigos de comportamiento común. Y sus propios estatutos invocaban principios de tipo internacional relacionados con la «tranquilidad universal» o el mantenimiento de la «piedad cristiana y el estado y seguridad de nuestra común madre la Iglesia sacrosanta».<sup>19</sup> Y no era la orden del Toison el único caso, sino que muchas órdenes de distinto rango en Europa llegaron a tener un componente internacional más o menos notorio<sup>20</sup>.

<sup>16</sup> R. I. Frost, «The Nobility of Polonia-Lituania, 1569-1795» en H. M. Scott, *The European Nobilities in the Seventeenth and Eighteenth Centuries*, Londres y Nueva York, 1995, Vol. II, p. 190. Aunque el autor no se preocupa explícitamente por esta relación, quizás porque el fenómeno tiene a menudo un cierto sentido inverso (son muchas veces los artistas y humanistas los que han hecho también de puente entre las aristocracias) todas estas cuestiones se pueden ver en T. DaCosta Kaufmann, *Court, Cloister and City. The Art and Cultura of Central Europe, 1450-1800*, Londres, 1995.

<sup>17</sup> O. Subtelny, *Ukraine: A History*. Toronto, 1994, 2.ª edición.

<sup>18</sup> Véase la excelente síntesis a este respecto de E. Melton, «The Prussian Junkers, 1600-1786» en H. M. Scott, *op. cit.*, vol. II, pp. 71-109.

<sup>19</sup> Los datos sobre la Orden del Toisón de Oro, que espera aún un buen estudio desde la parte española, se pueden ver en A. Ceballos-Escalera y Gila, (dir.) *La Insigne Orden del Toisón de Oro*, Madrid, 2000. Las ideas apuntadas las tomo precisamente de los estatutos transcritos en dicha publicación en pp. 597 y ss.

<sup>20</sup> Véase a este respecto M. Aglietti (ed.) *Atti del convegno internazionale. Istituzioni potere e società. Le relazioni tra Spagna e Toscana per una storia mediterranea dell'Ordine dei Cavalieri di Santo Stefano*, Pisa 2007. Una visión más general sobre todas estas cuestiones sobre el caso italiano y sus relaciones con España se puede ver en A. Spagnoletti, *Principi italiani e Spagna nell'età barocca*, Milán, 1996.



El desarrollo de la diplomacia durante el siglo XVII tendría efectos similares. Hacia fines del siglo XVII, Europa estaba cubierta de una urdimbre de embajadas, todas ellas ocupadas por grandes nobles o miembros de sus familias y todas ellas escenario del desarrollo de una cultura de Corte difícil de separar de la cultura y de las prácticas aristocráticas. Y estas embajadas no eran solo el escenario de procesos de rechazo, sino también de acrisolamiento y adaptación de prácticas sociales comunes a los grupos aristocráticos de toda Europa, como ha podido ver Ana Álvarez en su reciente tesis doctoral<sup>21</sup>.

Junto a la diplomacia hay que hablar de la Guerra. Como dijera Teodor Rabb, Europa conoció desde 1500 en adelante una *mounting tension* que desembocaría en el conflicto de los Treinta Años<sup>22</sup>. Las Guerras de Italia, por ejemplo, son uno de los primeros episodios en esa escalada bélica secular. Allí se dieron cita nobles españoles y franceses y, de hecho, la proyección de los intereses de los Valois y de los Habsburgo sobre esos territorios activó aún más ese proceso. Italia se convirtió además en un puente en la relación entre nobles españoles y austriacos. Después, las Guerras religiosas en Alemania y la confrontación con el Turco en el Mediterráneo y Europa Central, a continuación las Guerras de religión en Francia, el conflicto de los Países Bajos y la Guerra de los Treinta Años crearon escenarios de entrelazamiento de las noblezas europeas, todavía protagonistas (o al menos así lo creían ellos) en los campos de batalla. Es precisamente este último conflicto el que de forma más notable revela el fenómeno. En él, la movilización de nobles suecos, franceses, alemanes, españoles e italianos, juntos y enfrentados según los casos, alcanza un clímax sin precedentes en la historia. A esta condición pertenecían de hecho muchos de los «militares empresarios» que, como Wallenstein, que llegaría a Duque de Sagan y Meklemburgo, o el noble florentino Octavio Piccolomini, el conde de Mansfeld, el marqués de Hamilton o el duque de Sajonia-Weimar, se destacaron en el conflicto y cuyas trayectorias vitales son una clara muestra de lo que venimos diciendo<sup>23</sup>.

<sup>21</sup> *Los embajadores de Luis XIV en Madrid y el imaginario de lo español en Francia (1660-1700)*. Tesis de doctorado defendida en el European University Institute, Septiembre, 2006. El caso francés tan sólo reproduce un fenómeno suficientemente conocido para el conjunto de Europa. Véase por ejemplo el caso de los embajadores españoles en Roma, muchos de los cuales pertenecerían a las grandes familias desde la época de Felipe II, M. J. Levin, *Agents of Empire. Spanish Ambassadors in Sixteenth Century Italy*, Ithaca y Londres, 2005. Asimismo, puede verse el volumen colectivo, «Ambasciatori e nunzi. Figure della diplomazia in età moderna» dirigido por D. Frigo, en *Cheiron*, núm. 30, (1998).

<sup>22</sup> T. Rabb, *The struggle for stability in early modern Europe*, Nueva York, 1975.

<sup>23</sup> Véase la síntesis de G. Parker (*et al.*), *La Guerra de los Treinta Años*, Barcelona, 1988, pp. 274-298. Sobre los «empresarios militares» y sobre algunos de estos personajes, véase F. Redlich, *The German Military Enterpriser and his workforce, 13th to 17th centuries*, Wiesbaden, 1964-5. Basta atender al recorrido vital de uno de ellos, como Octavio Piccolomini, que está siendo estudiado en su tesis doctoral por Alexandra Beccucci, para hacerse una idea de su amplísimo recorrido vital que fue desde Italia a Madrid, Centroeuropa y Flandes, para hacerse una idea de la multitud de contactos que un personaje

En parte resultado de todo lo anterior, pero también un factor en la formación de estas redes aristocráticas, fue la emergencia de una malla de cortes nobiliarias entre las cuales circulaban personas e información de manera muy fluida. El caso es especialmente claro en Italia, donde cualquier príncipe que se preciara, Ferrara, Mantua, por quedarnos en las que políticamente no eran las más poderosas, había de tener su corte y en la que la comunicación entre dichas cortes era cada vez más intensa hasta enlazarse con centros de vida nobiliaria fuera del propio país. Y directamente ligado con ello estaría la creación de academias por esta época asimismo de fuerte presencia de la nobleza, como ha visto Boutier para el caso de muchas de las florentinas, que si bien excluían a extranjeros, creaban no obstante una trama por la que circulaban nobles e intelectuales de todo tipo<sup>24</sup>.

Todo ello vino acompañado, aunque de forma muy irregular según las áreas, del desarrollo de estrategias familiares en la larga distancia. En especial esto ocurriría, por ejemplo, entre Portugal, Castilla, la Corona de Aragón y los estados italianos –Nápoles sobre todo– como hemos podido ver en algunos estudios recientes. Pero es algo que se puede encontrar con la misma intensidad en otras áreas de Europa. Así por ejemplo, a finales del siglo XVI, el arzobispo polaco de origen ucraniano, Pruczinski, llamaba la atención sobre como los enlaces matrimoniales entre nobles de Polonia y de Ucrania se habían convertido en una práctica frecuente, que era animada por los propios monarcas del primero de estos reinos<sup>25</sup>. El hecho, que tiene explicaciones varias pero que probablemente se deba poner en relación sobre todo con razones de tipo político, tenía como resultado una intensificación y ampliación de las redes de relación personal, en este caso plasmadas en lazos muy estables y a menudo de gran impacto en la transferencia de costumbres, formas de cultura material, conocimientos, valores, etc.<sup>26</sup>.

La movilidad física de la aristocracia, el contacto entre iguales, cuajaría en la propia ideología de la educación del noble. El viaje, lo que muchos nobles venían haciendo por necesidad o por gusto, se convertiría ahora en una pieza clave de la formación y por tanto de la transmisión de valores de la nobleza europea. J. Boutier ha visto, por ejemplo, cómo ya a fines del siglo XVI el viaje a Italia de los nobles franceses empezaba a codificarse como una parte esencial

---

como este podía llegar a realizar. Algunos casos concretos se pueden ver en H. L. Rubinstein, *Captain Luckless: James, first duke of Hamilton, 1600-1649*, Edimburgo, 1973.

<sup>24</sup> J. Boutier, «Les membres des académies florentines a l'Époque moderne. La sociabilité intellectuelle à l'épreuve du statut et des compétences» en J. Boutier, B. Marin et A. Romano (dirs.) *Naples, Rome, Florence. Une histoire comparée des milieux intellectuels italiens (XVII<sup>e</sup>-XVIII<sup>e</sup> siècles)*, Roma 2005, pp. 405-443.

<sup>25</sup> O. Subtelny, *Ukraine... Op. cit.*

<sup>26</sup> B. Yun y A. Redondo, «Bem visto tinha...», *Op. cit.*

de la formación, una formación que no diferenciaba el saber del hacer y que pretendía forjar la propia personalidad. En adelante se conformaría la ideología del Grand Tour, el viaje que los ingleses –quizás precisamente para luchar contra el relativo aislamiento que la Isla implicaba– habrían de codificar como etapa esencial, casi rito iniciático, en la formación de sus jóvenes antes de hacerse cargo de los negocios de la casa y que sería, hasta bien entrado el siglo XIX, factor crucial de la circulación cultural entre las elites europeas. Un fenómeno, hay que apresurarse a decir, que no es sólo inglés, sino también alemán, polaco e incluso francés. No tanto español por razones que no vienen al caso ahora<sup>27</sup>.

Y junto a estas redes, existían otras no menos importantes que les servían de soporte. Una de ellas, una de las más importantes es la que constituye la Compañía de Jesús en la Europa católica. No me detendré en ellas por considerarlas marginales en lo que se refiere a la formación de lazos personales entre los nobles, pero no se debe olvidar –máxime si nos referimos al mundo de Lastanosa y Gracián– que la circulación de nobles por colegios jesuitas en toda Europa y la de miembros de la Compañía por tertulias y residencias señoriales creaba una suerte de red paralela –a veces basada en la intermediación– que tenía gran importancia en este sentido.

#### PRESENCIA, MECENAZGO Y COMUNICACIÓN EN LA DISTANCIA EN EL MUNDO ARISTOCRÁTICO EUROPEO

Ahora bien, ¿por qué fijarse en todo esto? ¿cuál es el significado de estos contactos directos o indirectos entre nobles que tejían sus lazos por encima de fronteras políticas e incluso a veces religiosas?

Puesto en su contexto histórico, lo que acabamos de describir tiene en mi opinión una importancia difícil de exagerar. Conviene a tal efecto tener en cuenta que la cultura aristocrática de la época es sobre todo –se ha repetido hasta la saciedad– una cultura oral y una cultura visual. Es decir, una cultura donde la base de la comunicación social se realiza a través de la palabra y de la imagen, dos vehículos de transmisión de valores, ideas e impresiones que tienen en la presencia física su soporte más importante<sup>28</sup>.

<sup>27</sup> Véase en particular, «L'institution politique du gentilhomme. Le «Grand Tour» des jeunes nobles florentins, XVII<sup>e</sup>-XVIII<sup>e</sup> siècles», en *Istituzioni e società in Toscana nell'età moderna. Atti delle giornate di studio dedicate a Giuseppe Pansini*, Florencia, 4-5 de diciembre 1992, Roma, 1994, pp. 257-90. La literatura es amplísima y curiosamente este tema bien tratado desde hace años está volviendo a ser de moda precisamente por el énfasis que hoy se pone en los mecanismos de transmisión cultural en la larga distancia. Véase entre otros, C. Hornsby (ed.) *The impact of Italy: the Grand Tour and beyond*, Londres, 2000. M. von Leibetseder, *Die Kavalierstour: adelige Erziehungsreisen im 17. und 18. Jahrhundert*, Colonia, 2004.

<sup>28</sup> Véase F. Bouza, *Comunicación... Op. cit.*

Esto quiere decir que el movimiento de personas, su aparición en cortejos y ejércitos, sus viajes, su presencia física en suma, tenía una importancia relativa, en términos de capacidad de comunicación, mucho mayor que en nuestros días en que el desarrollo de la comunicación escrita, oral e incluso de la difusión visual ajena a la presencialidad es mucho mayor. Por ser marcadamente oral y visual, la comunicación de la nobleza de los siglos xvi y xvii estaba basada en una buena medida en el contacto personal. Desde luego, esa había sido una de sus claves durante el período medieval.

Los siglos modernos estaban suponiendo un profundo cambio en ese sentido. El desarrollo de la correspondencia, ligado además al de la comunicación postal, especialmente intenso desde fines del siglo xvi, implicaba la aparición de un medio de comunicación en el que el contacto físico, al menos en apariencia, parecía secundario. La profusión de avisos y noticias sobre eventos y actos públicos o privados y la expansión del mercado del libro suponían otro tanto. De hecho, sabemos que, pese a la importancia del manuscrito, la imprenta estaba alentando formas de transacción de la palabra escrita ajenas a la intervención personal y basadas en una relación anónima entre el productor del libro (el autor) y el consumidor (el lector). Y todavía más claro es el caso del mercado del arte, en el sentido más amplio del término; un mercado que, como ha señalado M. North, cada vez más se basaba en relaciones de anonimato, sobre todo en los segmentos de producción masiva de objetos artísticos de calidad reducida.<sup>29</sup> En otras palabras, el desarrollo mercantil que Habermas consideraría la clave de la aparición de una esfera pública burguesa amenazaba con desplazar a la cultura aristocrática<sup>30</sup>.

Sin embargo, las redes de tipo personal, de contactos físicos, basadas en la comunicación boca a boca o en el gesto y la comunicación verbal, en el contacto directo en definitiva, eran aún cruciales incluso para el desarrollo de las nuevas formas de comunicación internacional, aparentemente menos propicia a ello.

---

<sup>29</sup> Sobre el desarrollo del mercado del arte en Europa, concebido, precisamente, como una forma de mercado anónimo puede verse, M. North, «Art markets» en *The Oxford Encyclopedia of Economic History*. Oxford, 2003, Vol. I, pp. 167-74. Asimismo se puede ver, M. North y D. Ormrod, *Art markets in Europe, 1400-1800*, Londres, 1998 y M. North (ed.) *Economic history and the arts*. Colonia, 1996. Los cambios que ha supuesto la circulación masiva de libros y comunicaciones escritas, a veces recordando pero también con una crítica a la visión habermasiana, se pueden encontrar en muchos de los trabajos de R. Chartier. Véase por ejemplo en castellano, *Espacio Público, crítica y desacralización en el siglo xvii. Los orígenes culturales de la Revolución francesa*, Barcelona, 1995 y *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid, 1994.

<sup>30</sup> El propio Habermas lo llegó a expresar de una forma quizás un tanto rígida en cuya crítica no podemos entrar en estas páginas, Véase *L'espace publique. Archeologie de la publicité comme dimension constitutive de la société bourgeoise*, Paris, 1978.

Ese es el caso en el ámbito de la transferencia de formas de cultura material y de la transmisión de gestos y hábitos. En este caso –y pese a que esa era una de las funciones de la correspondencia– el contacto físico era prácticamente irremplazable. No se entendería la confrontación y adopción de códigos gestuales, tan importante en la comunicación intranobiliaria de los siglos XVI y XVII como demostró el propio N. Elias, sin el contacto físico. Un análisis, por ejemplo, de un precioso documento de Simancas, donde se nos cuentan los productos que traían de Italia el Conde de Lemos y su séquito, compuesto por más de 100 personas, incluidos literatos y artistas, es de lo más expresivo. Lemos, no sólo venía con artistas, sino que tanto él como todos los miembros de su comitiva, portaban objetos, tejidos, bienes y hemos de suponer que incluso formas de protocolo italianos que sin duda ayudarían a trasplantar a Castilla. Un flujo de bienes y mercancías que, sin duda, iba acompañado del flujo contrario entre Castilla y Nápoles, como prueban documentos de la Cámara de Castilla.

Y lo mismo se puede decir sobre el papel que el mecenazgo desempeñaba a este respecto. El hecho de que Europa se hubiera poblado de una serie de cortes, más o menos conectadas entre sí y entre las que se movían con intensidad los miembros de la elite, tenía como consecuencia inmediata que los artistas, los científicos y literatos encontraran en ellas un espacio de relación y de sustento sin precedentes. Un Leonardo Da Vinci –por citar uno de los principales– viajando de Florencia a Milán, Mantua, Roma, Venecia, Florencia, Francia..., no es más que la manifestación de cómo las ideas y el conocimiento se podían mover a través de contactos personales e incluso mezclarse en cada una de esas escalas con formas de conocimiento local. Velázquez sería incomprendible sin la recepción del manierismo en la Corte madrileña merced a la presencia del Greco primero, sin su primera formación en Sevilla en los círculos de un personaje tan apegado a la nobleza local y a sus academias y tertulias como Pacheco, sin su paso por la Corte de Madrid (donde entre otros, como es sabido, conoce a Rubens), y luego sin su viaje a Italia en el séquito del marqués de los Balbases, Ambrosio Spinola, que le llevaría por las cortes y círculos artísticos de Génova, Milán, Venecia, Ferrara, Cento, Bolonia, Loreto y Roma. Después, tras una vuelta a la Corte, su segundo viaje a Italia, ahora en el séquito del Duque de Maqueda, le llevaría de nuevo a Génova, Milán, Venecia, Bolonia, Módena, Parma, Florencia, Roma, Nápoles... Y todos esos viajes se hicieron cerca de miembros destacados de la nobleza tanto española como italiana y revelan la mediación de embajadores que actuaban como enlaces entre el pintor y diversos ambientes artísticos y hasta personajes como el propio Inocencio X<sup>31</sup>. Ya des-

<sup>31</sup> Tomo todos estos datos de la excelente síntesis de A. Pérez Sánchez, «Velázquez y su arte», en A. Domínguez Ortiz, A. Pérez Sánchez y J. Gallego, *Velázquez*, Madrid, 1990, (Catálogo de la exposición celebrada en el Museo del Prado entre el 23 de enero y el 31 de marzo de 1990).

de finales del siglo xvi, la fundación de academias, muchas de ellas con la participación (y a veces con el patronazgo) de grandes nobles y mecenas en las que era habitual la discusión personal sobre textos y obras de arte, serviría para continuar con una situación en la que el saber no circulaba todo y siempre por los circuitos anónimos del mercado e incluso de la correspondencia. Casos como el de las academias florentinas por seguir con el ejemplo antes citado o como el de la *Accademia Degli Oziosi* creada en Nápoles por Lemos tienen su réplica en cientos de situaciones similares en Europa<sup>32</sup>.

Pero incluso las nuevas y emergentes formas de comunicación podían estar fuertemente condicionadas por este tipo de contactos boca a boca.

Basta leer la correspondencia de los nobles para comprobar que ésta no era, muchas veces, sino una forma de sustituir la presencia física. Gentes como A. Colonna, estudiado por N. Bazzano o familias como los Gonzaga, parte de cuyas cartas se acaban de publicar, simplemente, destacaban agentes que fueran sus ojos, sus oídos y su palabra en espacios lejanos. El primero de ellos se dotaría a sí mismo de una red de diplomáticos, cuya correspondencia se convirtió en la clave de un sistema de información y que hacían un papel de *alter ego* en el que se cuidaban los más mínimos detalles<sup>33</sup>. El segundo de los mencionados por ejemplo recibía cartas de los más diversos personajes que, destacados al efecto, como Paolo Moro, pretendían haberle «dato conto di quanto era successo». De ahí la descripción detallista del más mínimo gesto, del protocolo en apariencia más irrelevante; de ahí la importancia de que les representaran «dignamente» incluso como reflejo de su grandeza que necesariamente se había de adivinar en los gestos y en las maneras, en la cortesía del agente, si éste lo quería ser de verdad<sup>34</sup>. En otros casos, como el del Duque de Brunswick, llegaban incluso a destacar personajes, en su caso nada más y nada menos que al propio Leibniz, para que le hicieran el papel de corresponsales científicos y literarios a través de estos enlaces postales<sup>35</sup>.

<sup>32</sup> Como ejemplo, podemos remitir de nuevo al caso de Florencia. Véase a esos efectos el estudio de J. Boutier y M. Pia Paoli, «Leterati cittadini e principi filosofi. I *milieux* intellettuali fiorentini tra Cinque e Settecento» en J. Boutier, B. Marin et A. Romano (dirs.), *op. cit.*, pp. 331-403, donde se puede ver, por ejemplo, la importancia del paso de extranjeros que circulaban por esas redes de relación en torno a dichos espacios culturales. Respecto de la famosa academia napolitana, se puede ver G. de Miranda *Una quiete operosa. Forma e pratiche dell'accademia napoletana degli Oziosi. 1611-1645*, Roma, 2000.

<sup>33</sup> Nicoletta Bazzano, «Estrechar los lazos: pequeña diplomacia y redes aristocráticas internacionales. La amistad entre Marco Antonio Colonna y los príncipes de Éboli», en B. Yun Casalilla (dir.) *Las redes del Imperio. Op. cit.* También de la misma autora, N. Bazzano, *Marco Antonio Colonna*, Roma 2003.

<sup>34</sup> Véase el texto, especialmente interesante además para cuestiones relativas a la circulación de la música en el seno de estas redes nobiliarias, de U. Artiolo y C. Grazioli (eds.), *I Gonzaga e l'Impero. Itinerari dello spettacolo*, Florencia, 2005 (la cita en página 308).

<sup>35</sup> J. Boutier y M. Pia Paoli, *op. cit.*, pp. 399-400.

El mismo mercado del arte era un mercado en que la relación personal –muchas veces presencial– era clave. Lo era, desde luego, cuando se trataba del retrato o de obras de encargo directo a un artista sobre el que se ejercía de patrón o mecenas. Pero lo era también porque muchas veces se trataba de «comisionar» obras a artistas lejanos a través de un mediador, un diplomático, un agente o un criado e incluso cuando se trata de hacerlo a través de un marchante<sup>36</sup>. Y ello por una razón muy sencilla. El arte aristocrático –esto es, el que se pretende erigir como un símbolo de distinción– era por lo general caro o muchas veces «raro», es decir, difícil de alcanzar, hasta el punto de que era esto lo que le daba un cierto valor. No era como el arte de masas –del que por supuesto también los grandes nobles participaban– en que la producción masiva para un mercado anónimo satisfacía costes de producción y riesgos casi siempre no muy elevados. Era un arte en que lo irrepetible de la pieza y el enorme trabajo empleado sólo se podían satisfacer si se sabía previamente que la obra estaba colocada desde el inicio; esto es, si se tenía una relación personal –directa o indirecta– con el comitente. Y lo era también porque, por esas mismas características, la circulación de este tipo de arte precisaba de la creación de lazos de confianza no ya sólo con el artista, sino con el mediador, con el agente; lazos que necesariamente pasaban por la relación personal directa o indirecta.

Y otro tanto cabría decir del mercado de la letra escrita. En la medida en que muchas veces se basaba en el manuscrito encargado a un copista, ese era un mercado personal. En la medida en que a menudo se plasmaba en la adquisición de libros caros, de auténticas joyas de arte en las que el grabado, la reproducción fidedigna eran parte importante, como ocurre en el llamado *Tesoro Mexicano* estudiado por S. Bevaglieri, la relación en que se basaba, incluso si era de carácter mercantil, no difería de la del gran arte a que nos acabamos de referir<sup>37</sup>. Sabemos, por estudios realizados sobre la *Biblioteca Augustea* perteneciente al Duque Augusto de Brunswick-Wolfenbüttel por parte de Bepler, que los grandes nobles europeos, incluso en Holanda y los Países Bajos, sin duda los dos centros más importantes del mercado del libro en el siglo XVII, como Medina del Campo y Lyon lo habían sido en el XVI, que las grandes bibliotecas se for-

<sup>36</sup> Véase diversos casos de este tipo en F. Bouza, *Palabra e imagen en la Corte. Cultura oral y visual en el siglo de Oro*, Madrid, 2003, pp. 91-149 y en Levine, *op. cit.*, 183-199. Asimismo, B. Dooley, «Art and information Brokerage in the Career of Don Giovanni de' Medici» en H. Cools, M. Keblusek y B. Noldus (eds.), *Your Humble Servant. Agents in Early Modern Europe*, Hilbersum, 2006, pp. 81-96. Y del mismo, «Sources and methods in information history. The case of Medici Florence, the Armada and the siege of Ostende» en J. W. Koopmans (eds.) *News and Politics in Early Modern Europe (1500-1800)*, Lovaina, 2005.

<sup>37</sup> S. Bevaglieri, «Il cantiere del Tesoro Messicano tra Roma e l'Europa. Pratiche di comunicazione e strategie editoriali nell'orizzonte dell'Accademia dei Lincei (1610-1630)» en S. Bevaglieri, L. Guerrini, F. Solinas, (eds.) *Sul Tesoro Messicano & su alcuni disegni del Museo Cartaceo di Cassiano dal Pozzo*, Rome, 2007, pp. 1-68.

maban a base de comisionistas estables, gentes que incluso llegaban a copiar páginas enteras del libro a su señor antes de la aceptación por parte de éste de la compra.<sup>38</sup> Eran gentes que, simplemente, suplían la presencia física del comitente, sobre todo en los mercados a larga distancia.

Es en el contexto de todo lo anterior donde la densificación de las relaciones entre las noblezas europeas toma todo su sentido. Cuando los historiadores de la cultura, del arte, de la literatura ponen el acento en el libro y en la correspondencia como formas de comunicación articulada o en el desarrollo de las transacciones artísticas, cuando intentan explicar el Humanismo o la formación de una cultura barroca comunes a toda Europa, etc., aludiendo a estos mecanismos de comunicación, tienen toda la razón. Pero es también obvio que ni eso es todo ni las transferencias culturales entre las aristocracias (e incluso entre las elites intelectuales) de la época se pueden entender sólo bajo estos parámetros, los parámetros de la comunicación actual en la larga distancia. La densificación de las redes de comunicación personal de las elites europeas que parece haberse acelerado durante el siglo XVI y XVII está también detrás de esos fenómenos. Y el uno no se explica sin el otro. Es más, la consideración de este componente de la comunicación en larga distancia del Antiguo Régimen quizás nos pueda servir para entender algunas cuestiones que tienen que ver con la rapidez y densidad de las transferencias culturales, con la forma en que se plantean los rechazos y con los modos en que sus distintos componentes se han combinado a ritmo diverso según el tiempo y el espacio y según también el segmento y las vías de comunicación a que nos referimos en cada momento.

Es evidente por otra parte que el espacio de la comunicación social y de la transmisión de noticias y bienes culturales en el ámbito internacional cambiaría poco a poco durante estos siglos. Desde luego, la aristocracia, las noblezas europeas, habían conseguido incorporarse a algunos de dichos cambios con un cierto éxito. Pero es evidente que esto mismo significaría un cambio importante en el grupo social y en su posicionamiento relativo con respecto a otros en un proceso complejo y poco estudiado por el momento y en el que aquí no podemos entrar.

En todo caso, permítaseme una propuesta de trabajo. Desde el siglo XIX, los mercados, que están en el trasfondo de la formación de una esfera pública burguesa, han sido claves en las transferencias culturales a larga distancia en muchos ámbitos de la comunicación. En la época medieval, una institución por definición «trans-nacional» como la Iglesia había sido crucial para la formación de una cierta comunidad cultural europea merced a vías en que el contacto físico se mezclaba

---

<sup>38</sup> M. Keblusek, «Books Agents. Intermediaries in the early Modern World of books», en H. Cools, M. Keblusek y B. Noldus (eds.), *op. cit.*, pp. 97-107.



con otras formas de transmisión, sobre todo en lo que se refiere a la comunicación que generan los valores dominantes de una sociedad. Por lo que se refiere a los siglos XVI y XVII, la comunicación a larga distancia entre las elites cultas de la época y consecuentemente entre las aristocracias europeas no se puede entender fuera del contexto a que nos hemos referido anteriormente. En la medida en que esto fue así, tampoco los procesos de convergencia y divergencia cultural, los de afinidad y rechazo, los de acercamiento y aislamiento se pueden entender fuera de este contexto que es constitutivo de la formación de una Europa común y diversa.

A la inversa, me parece que este hecho es esencial para entender los cambios en el seno de la propia nobleza que no tienen sólo que ver con la lectura o la admiración de obras de arte, sino tanto o más con los cambios en la sociabilidad, con el incremento de la permeabilidad social y cultural que implica el propio desplazamiento. Esta es una cuestión que nos llevaría mucho tiempo desarrollar y que tenemos que dejar a un lado, por más que me parezca esencial para explicar ese nuevo concepto que tenemos de las noblezas del Antiguo Régimen. Pero permítaseme decir que basta considerar que muchos de quienes circulaban, u operaban, por esas mismas redes no eran los grandes nobles, sino aristócratas de segunda fila como el propio Lastanosa, para entender los efectos de la movilidad sobre esta clase social. De un lado esa movilidad era parte de un fenómeno más amplio como es la circulación social y política de las elites. Por otro lado era una oportunidad para acelerar la mezcla de prácticas sociales en el seno de éstas. En ambos casos, la movilidad era así un componente de los cambios en el seno de la aristocracia, de la versatilidad creciente, de la continua adaptación a transformaciones históricas que hoy se considera como algo característico de la nobleza europea.

\* \* \*

A mi entender todo lo anterior nos debe llevar a dos conclusiones de tipo más general.

Me parece que esta perspectiva pone en su justo punto la acción de la nobleza de cara al desarrollo cultural. Éste no es una consecuencia de una posición filantrópica modernizadora, sino de una serie de procesos ajenos muchas veces a sus intereses. Por no decir, puesto que de eso no me he ocupado aquí, que se derivaban de un interés por reproducir su *status* social.

Y se me ocurre también una reflexión más general. Uno de los grandes progresos de la historia social de los últimos años ha sido el de integrar la cultura –y por tanto la historia cultural– como factor del cambio histórico. Lo dicho hasta aquí es una prueba asimismo de que una historia cultural que se olvide de las grandes transformaciones sociales, de los efectos de la política y de la economía sobre la experiencia y las prácticas sociales, es simplemente inviable.